

# La Cabaña: patio número 1\*

Jorge Valls

ALOS POCOS DÍAS ME TRASLADARON JUNTO CON OTROS presos al patio número uno. Si la memoria no me falla, hay once galerías numeradas de la 7 a la 17, que miran a un patio amurallado. Son grandes bóvedas de antigua construcción militar española, con una gran reja al frente donde está la cancela de entrada y una menor al fondo que mira al foso, de veinte metros de largo por ocho de ancho aproximadamente. Cerca de la entrada hay dos servicios, uno con una taza de inodoro para sentarse y otro con una letrina o servicio turco donde acuchillarse, y un cubículo pequeño con un tubo alto a manera de ducha y en el piso el agujero del tragante. Estaban separados por tabiques finos; había una portezuela de madera o un saco de yute como cortina. A un costado de la pared del servicio había un urinario tosco ante el cual podían pararse dos hombres, y poco más allá un lavadero grande. A unos tres metros de la reja de entrada se encontraban las camas de hierro, armadas como literas en torres de cuatro, con un espacio de menos de 40 cms. entre cada dos torres. Allí vivían 304 personas, a las que no se les permitía pararse a menos de tres metros de la entrada sin previa autorización especial. Cada uno tenía sus pertenencias en una bolsa de tela que colgaba de un hierro de la cama o de una estaca en la pared. Pero 304 hombres no podían estar la mayor parte del tiempo sino unos de pie mientras los otros se encogían encaramados en los camastros que parecían nichos estrechísimos. Por la noche, los que no tenían cama, que eran los más, se acomodaban en el piso como piezas de un rompecabezas, bajo las torres de camas y por los pasillos. Uno no podía ni estirarse ni encogerse mucho, ni cambiar de posición sino con mucha dificultad. Si alguien se veía

---

\* Capítulo del libro de memorias de la cárcel, que la Editorial Colibrí publicará en el otoño de 1999.

obligado a caminar desde el fondo hasta la reja de entrada, tenía que descubrir los pequeños espacios entre cuerpo y cuerpo donde colocar los pies, o abrirlos, con cuidado de no pisar la cara o el pecho de un compañero.

Era verano y el calor más que agobiante. El aire, escaso y viciado, hedía agrio por los cuerpos sudados, los bultos y el churre acumulado. Los camastros, untuosos de mugre y plagados de chinches que sólo parecían disminuir cuando se pasaban los hierros por el fuego. Inevitablemente, lugar, gentes y pertenencias estábamos repulsivamente inmundos.

A medida que yo avanzaba por el pasillo central de la galera hacia el fondo, la gente me saludaba extremosa. Allí vivían los que habían sido mis compañeros de lucha desde hacía muchos años, desde el principio contra Batista y después, los que no se habían cansado. A algunos los había conocido en mis estancias previas en Seguridad del Estado. Era como si por fin me encontrara con los míos, todos en la misma plaza, sin tener que citarnos previamente ni tomar precauciones. Ahora podíamos discutir y discrepar todo lo que nos diera la gana.

Me acomodaron lo mejor que pudieron y hasta me ofrecieron una cama durante algunas horas para que pudiera descansar.

Días después me llevaron de nuevo a Seguridad del Estado para nuevos interrogatorios. En un momento, el oficial se le ocurrió preguntarme que cómo me sentía en La Cabaña. La respuesta me salió espontánea:

—Realmente muy bien.

Se molestó y replicó con irritación:

—Por supuesto, como que está usted con los suyos.

Entonces, honradamente muy feliz, le confirmé:

—Si, en verdad estoy con los míos.

Esto es lo que nunca podré llegar a sentir: que el perseguidor sea uno de los míos.

¿Cómo era nuestra vida entonces?

Nos despertábamos al amanecer con el primer recuento. Molidos por la mala noche, había que recogerlo todo en pocos minutos para que el personal pudiera pararse en fila hasta que el oficial lo hubiera contado. Teníamos que comprimirnos para formar dos filas de 150 aproximadamente. Entonces se nos daba algo como desayuno —un pan y café o cafe solo. Enseguida teníamos que pararnos en las distintas colas. Había dos para la evacuación fisiológica: una para el urinario y otra para la letrina. Con tanta gente era la de volverse loco. Al final nos veíamos obligados a poner un cubo junto al urinario (que se vertía en la letrina cuando estaba lleno) para que por lo menos tres pudieran orinar a la vez. En cuanto a los servicios, cuando había diarrea —que con frecuencia nos la provocaban—, eran menos que insuficientes, y había que permitir a los hombres evacuar en la ducha o en cualquier lugar a mano.

Otra cola era para el agua. Siempre demasiado escasa, tenía que ser administrada por el jefe de galera. Por lo general eran cuatro jarros (un litro aproxima-

damente) para cada uno al día, para todos los usos. Con esa cantidad había que beber, bañarse y lavar alguna ropa interior. Usábamos la menor cantidad posible de ropa: unos shorts (calzonera) o un pantalón cortado como shorts. Pero, por supuesto, esa cantidad de agua nunca alcanzaba, y había que negociar o rapiñar para estirla un poco más. Cada uno de nosotros tenía una botella plástica o un cubo, y gracias a sacrificarse de beber o lavar, de vez en cuando podía darse un baño. Procurábamos no acercarnos demasiado unos a otros, pero era inevitable.

Nos sacaban a almorzar y comer al comedor colectivo; una galera cada vez. Había que vestirse de completo uniforme, y apresurarse, no fuera a ser que hubiera que dejar la comida a la mitad. Nos daban una especie de potaje que remotamente tenía algún grano o vianda (chícharos casi siempre), un plato por cabeza, nunca lleno. Mejor ni lo mirábamos mucho porque solía venir con algunos bichitos —gorgojos, gusanitos o hasta cucarachitas—. No era momento para remilgos. Si alguien encontraba alguna cucaracha o algún otro «cuerpo extraño», decía: «Es proteína», y sin mucho escrúpulo se lo zampaba o lo botaba.

Se permitía que nuestros familiares nos trajeran algo de gofio, leche en polvo y otras chucherías con las que complementábamos nuestra dieta. Había quienes no toleraban la comida de presidio y tuvieron que sobrevivir como podían con poquitos de gofio y leche.

A cierta hora después del mediodía se nos abrían las rejas y se nos permitía salir al patio o ir a las otras galeras. Como había tantos presos, no era posible caminar mucho ni sentarse en el suelo. Pasábamos el tiempo conversando con los compañeros o intentando algún intercambio intelectual. Con menos agobio, ensayábamos la conversación sobre política o sobre algún tema filosófico social. Los presos nunca hablan de su causa porque ésta no concluye jamás. Siempre hay peligro de nuevas investigaciones e implicaciones. Pero el que anda en política debe estar siempre repasando sobre la situación nacional e internacional aunque sea con la mínima información a su alcance, así como sobre las ideas y filosofía con las que ha de instrumentar sus razones. Un preso político es necesariamente un fermento de pensamiento crítico y de proyecto social.

Algunos sentían un malestar insuperable de acercarse a los que iban a ser fusilados o de hablar con ellos. Era como un encogimiento interior. ¿Como hablar de política o de filosofía con un hombre que va a morir unas horas o días después? Y no se habla de Dios en esas circunstancias; se le siente y nada más. Por otra parte, aprendíamos a querernos inmediatamente, y era desgarradora la muerte del último hermano recién descubierto.

Pero las sesiones de patio eran muy irregulares. Un día dos horas; el próximo, apenas unos minutos, y no nos la daban todos los días. La mayor parte de las veces terminaba abruptamente cuando entraban los guardias, bayoneta en mano, golpeando y pinchando a diestra y siniestra para entrarnos en las galeras. Siempre sorprendían, y se formaba una confusión endemoniada en la estampía.

Al regresar a la galera siempre había algo perdido o roto en la refriega.

Cada uno de nosotros, siempre que hubiese oportunidad, procuraba darse un baño. En Cuba, y especialmente en La Cabaña, esto era más que necesario; primero, por el clima, y segundo, porque para los cubanos el baño diario se nos ha convertido casi en una cuestión de honor. Es un deber y hasta un rito. Quedarnos sucios es la situación más humillante y desagradable que nos puede ocurrir. Probablemente por eso nos resultaba tan difícil.

Como no había espacio, teníamos que correr las primeras camas —las más próximas a la entrada— y dejar un pequeño claro, para que allí se bañaran unos (por cola rigurosa) mientras otros barrían el agua del piso.

Todos los días había que intentar limpiar la galera lo mejor posible. Más de trescientos hombres producen mugre bastante como para ahogarse en ella. Nos las arreglábamos para limpiar lo más tarde posible para que los que dormían en el suelo lo encontraran menos sucio. Algunos compañeros se encargaban, con la poca agua que podía ahorrarse o piratearse, de esta tarea, en tanto los demás se acomodaban como podían en los camastros.

Era verdaderamente glorioso si llovía, y en Cuba esto ocurre casi a diario durante un período del año. Entonces los tragantes, que siempre estaban medio tupidos, se desbordaban, y se inundaba la galera de agua sucia y materias fecales. Había que esperar hasta que escampara para limpiar adecuadamente y regresar a la normalidad.

El tiempo se nos iba entre las manos. Aunque teóricamente no hacíamos nada, nos pasábamos el día entero en trajín, y al final de la jornada estábamos exhaustos.

Por la tarde, alrededor de las cuatro, nos llevaban al comedor a cenar —menos y peor que en el almuerzo—. De regreso había una pequeña tregua para el espíritu. Después del segundo recuento rezábamos el rosario, charlábamos un poco y ... a preparar las camas o el piso para irnos a dormir. Había que ir al servicio y lavarse la cara —todo por rigurosa cola— y estar listos para acostarnos apenas tocaran silencio.

Ahí no acababa la cosa. Al otro lado del foso había un reflector cuyo haz de luz penetraba por la reja del fondo de la galera en tanto que un guardia armado de rifle nos vigilaba. Después del toque de queda, si alguno tenía que levantarse, debía informárselo al guardia por mediación del jefe de galera; de lo contrario, el guardia disparaba desde afuera.

Hasta ir al servicio por la noche era un problema. Recuerdo a un anciano recién traído pocos días antes, a quien se le había acomodado para dormir en algún lugar al fondo de la galera. Una vez, mucho después de la media noche, se despertó con diarrea. Después de avisar al guardia, tuvo que atravesar la galera sorteando sobre los cuerpos de los compañeros hasta que pudo llegar al servicio, que estaba a la entrada. Era un hombre muy viejo, y caminaba con paso vacilante, prácticamente pisando sobre los demás, y como no podía contener sus intestinos, fue goteando de un extremo a otro. El pobre hombre se sentía morir de vergüenza, y los afectados no podían hacer otra cosa que esperar pacientemente a que llegara el día.

Acostarse por la noche no era fácil. Había que extender una frazada o algunos periódicos en el piso y después acomodar el cuerpo, parte en los pasillos, parte bajo las camas. Dormíamos uno junto a otro, tratando de ahorrar espacio lo más posible, aunque no se pudiera cambiar mucho de posición después de eso. Si alguien quería hacerlo, tenía que sentarse. Además, cada noche las ratas, que nunca faltaban en La Cabaña, nos pasaban rozando la cabeza. Había una que yo la sentía cuando iba y cuando venía. Nunca pude averiguar a dónde iba el animalito, pero después de su viaje ya no molestaba más.

En algún lugar tras de mí solía dormir un muchacho campesino, de quince años o algo así. No le hacía bien la frialdad del piso y tosía abundantemente. Estaba muy flaco y lo mirábamos con pesimismo.

Pero ni aún la noche era ocasión de descanso. Por el contrario, entonces empezaba la sesión de horrores. A las nueve o un poco después comenzaban las ejecuciones. Como el fondo de la galera, cerrado sólo por la reja, daba al foso donde se llevaban a cabo, aunque desde donde yo estaba no podían verse los fusilamientos, sí escuchábamos hasta los más mínimos ruidos. En el silencio de la noche y por las condiciones acústicas del foso se destacaban con nitidez escalofriante. Percibíamos cuándo se encendía la luz, cuándo el pelotón venía marchando, el carro en que traían al fusilando, cuándo abrían la puerta y lo bajaban, cómo lo amarraban al poste, el último grito del preso, las voces de mando, el estampido, el tiro o los tiros de gracia (que en Cuba se fusila hasta con tres tiros de gracia, o tantos como hagan falta), cuando se retiraba el pelotón y cuando se llevaban el cadáver, hasta el vuelo y el graznido de un pajarraco nocturno que venía a picotear las carnizas que quedaban en el palo o en el muro.

Como hablar después de que llamaran a silencio estaba terminantemente prohibido, los hombres se revolían, gruñían, farfullaban maldiciones, jadeaban, etc. Algunos rezaban durante todo el tiempo que durara la función. Esto se repetía casi noche tras noche, y por lo general se fusilaba a todo un grupo, así la sesión se prolongaba hasta lo impredecible. Otras veces empezaba más tarde, a la media noche o entre las tres y las cuatro de la mañana.

Al amanecer las gentes bramaban enloquecidas de desesperación e impotencia. Algunos blasfemaban horriblemente. Por la causa más insignificante nos ofendíamos con violencia. Había que morderse los labios con fuerza muchas veces, y rezar mucho, y comprender el pozo de la miseria humana para que no nos explotara el cerebro y no acabar odiándonos demasiado a nosotros mismos.

Luego el día nunca estaba tranquilo. Había siempre algún pretexto para que entraran los guardias como una tromba en las galerías a sacarnos a golpes y pinchazos, lo mismo para una requisita que para otra actividad. La jornada no terminaba nunca. Cuando muertos de cansancio, más allá de la posibilidad humana, caíamos rendidos, era sólo una tregua, de la que bruscamente nos iban a despertar para un nuevo vapuleo.

El rezo diario del rosario ha sido una constante de algunos presos católicos. Desde los primeros tiempos en Seguridad del Estado, siempre ha habido un

grupo, mayor o menor, que mantiene la costumbre. Por aquella época, en La Cabaña, después del último recuento, nos parábamos, con permiso previo de los demás, en el pasillo entre las hileras de camas, y lo rezábamos en alta voz, aunque a veces, de acuerdo con las condiciones, no podíamos hacerlo completo sino uno o dos misterios nada más. Leíamos un trozo del Evangelio y dábamos una pequeña prédica al principio. En medio del pandemonium que vivíamos, predicábamos el perdón de las ofensas y el amor a los enemigos. No era fácil. Todos los días había que padecer cuanta violencia y humillación podían infligirnos, y todas las noches asistíamos a la sistemática carnicería de nuestros hermanos. Si los guardias y el aparato entero que nos trituraba se mostraban con más brutal y desembozada ferocidad, los hombres que habían acabado en presidio venían de la lucha más cruenta: de los alzamientos en las lomas y de la acción urbana. Pero si toda la bravura se justifica en la batalla, nada más repugnante que la perfidia y la crueldad para con los vencidos, y esto era nuestro pan cotidiano. Así nuestra prédica de amor y perdón irritaba a muchos hasta desesperarlos. Especialmente después de una noche de ejecuciones venía una mañana de blasfemias y diatribas. «¿Pero cómo van a hablarnos de amor y perdón con lo que nos están haciendo estas gentes? ¡Ustedes son todos una partida de hipócritas o canallas, y están haciéndole el juego a los que torturan y matan a los nuestros!» El director de la comunidad cristiana era un hombre sencillo, de mucha nobleza de alma y fe firme, que no se cuidaba de muchos argumentos. Su respuesta siempre era la misma: «Así lo mandó nuestro Señor y así hay que cumplirlo».

Verdaderamente en aquel tiempo no teníamos muchas razones. Vivíamos una agonía cotidiana y cada uno de nosotros vertía su pasión más profunda. Esencialmente era el intento terrible de traspasar aquel infierno que nos devoraba mediante la afirmación del espíritu. En medio de la brutalidad y la enajenación extremas el hombre descubre que la única realidad es el Cristo crucificado, que no hay otra opción. Es lo único que puede salvar la condición humana, el único modo de seguir siendo hombre. Cuando algunos en la especie se precipitan en la brutalidad, otros tienen que asumir en sí la responsabilidad de la especie. Estábamos en el peor riesgo de convertirnos en bestias, de perder la razón y el alma en un torbellino de destrucción y odio. El verdadero bien tenía que ser impuesto hasta por encima de nosotros. No hay más que una verdad en la que todos hemos de participar: el cristo, el amador que persiste a través de su propia destrucción, para recobrar a sí mismo en la pura y absoluta afirmación del amor.

Quizás por eso, los presos políticos cubanos no son el testimonio vivo de un horror, ni las tundidas piltrafas de una época de asolación y locura, sino el proyecto siempre renovado de una esperanza. No ponemos el mal que hemos sufrido sino el bien que tendremos que vivir para que todos verdaderamente lleguemos a ser hombres.

No hemos cesado un instante. Contra todo el oprobio con que nos han majado, y dejando tras nosotros una hilera de moleduras humanas, hemos impuesto la afirmación de un bien invisible y de una justicia que es, sin embargo, alcanzable: la certeza de lo que ha de ser más allá de todo lo que ha

sido. Porque no hemos vivido y sufrido para nuestra extinción sino para los que han de venir; ni hemos trabajado para la muerte sino para la vida.

Los viejos eran los que más sufrían. A los jóvenes los defendían su pureza y la agilidad y pujanza de sus músculos, que los ayudaban a adecuarse y a responder vigorosamente ante cualquier agresión. Un joven, ya huya, ya riposte, siempre se afirma a sí mismo porque su vida es valiosa por lo que puede llegar a ser. Aun muriendo, sintetiza la belleza de una promesa interrumpida. Pero el viejo sufre porque entre la intención de su alma y la confrontación material se interpone su cuerpo cada vez más torpe. Como su vigor va disminuyendo, nunca supera el cansancio. La vida para él es una obligación que cada día se vuelve más difícil. Ya no va, sino viene. Ni siquiera lo acompaña la esperanza de lo que va a pasar en este mundo.

Había muchos viejos en presidio. Aun la realización de los procesos fisiológicos era para ellos una lucha siempre en desventaja contra la fatiga.

Uno de éstos se cansó de pasar trabajo. Se levantó en medio de la noche y se encerró en el servicio. Horas más tarde lo descubrieron por el charco de sangre que se veía por debajo de la puerta. Se había cortado las venas con una cuchilla vieja.

Lo más temible no era la muerte sino la locura o la degradación. Aquella tarde hacía mucho calor. Estábamos trepados en las literas, prácticamente los unos sobre los otros. En algún lugar de la galera se alzaron voces descompuestas. Disputaban, estallaban con terrible agresividad, acerca de cuál refresco se había vendido más en La Habana. Unos defendían una marca y otros otra. Un vaho denso y fétido nos oprimía sin que pudiéramos escaparnos de él ni dejar de respirarlo. El sudor no era líquido, sino una suerte de humor viscoso que nos provocaba náuseas de nosotros mismos. El rumoroso intenso de las trescientas cuatro voces y jadeos entremezclados roía como una piedra de molino. Los cuerpos se retorcían tratando inútilmente de encontrar la posición imposible para estirarse de algún modo. Uno chilló histéricamente:

—¡Te digo que no, imbécil, que es el otro!

—¡El imbécil te lo metes donde te quepa! —gritó el segundo.

Y ambos se movieron provocando un terremoto en los camastros. Entonces, un tercero bramó con furia y le arrojó una chancleta de palo a otro por la cabeza. Durante unos instantes hubo una guerra interna, unos golpeando y otros tratando de separar, hasta que como bestias salvajes acabaron controlados. Todo, al parecer, por unos refrescos que hacía años que no se vendían en la ciudad y que ninguno, por supuesto, podría beber (¿?).

Otra vez, uno, al parecer, se había vuelto loco. Era grande y fuerte. Bufaba y golpeaba como un toro. Giraba dando puñetazos en el aire a diestra y siniestra

y pegándole a cualquiera que se acercara. Los ojos inyectados de sangre, como brasas, y las venas hinchadas. Uno que era más grande y cabal, se me acercó y me dijo en voz baja:

—Tu verás como se le quita la locura.

Echó a andar hacia el individuo hasta que lo tuvo a su alcance. Lo miró a los ojos fijamente y puso sus músculos prestos para la acción. El loco gritó, dió varias vueltas, pero no atacó al cuerdo. Éste siguió avanzando hasta que se le impuso. El otro empezó a apaciguarse. La pompa de histeria y miedo al fin se disolvió.

La violencia es un producto, no una causa, ni un instrumento.

En aquel tiempo el plan de rehabilitación se ofrecía como una alternativa a aquellos que no podían soportar las condiciones a que nos sometían. Si nos disponíamos a aceptar públicamente que había sido un error luchar contra el gobierno, y que éste era intrínsecamente bueno, nos llevaban a otras galeras donde daban un poco más de comida y había que preocuparse un poco menos por la agresión de los guardias. Usaríamos un uniforme distinto, similar al de los presos comunes, y deberíamos colaborar con los guardias en mantener el orden en el presidio. Ésto incluía desde ayudar a los oficiales a contar el personal hasta golpear a los presos políticos cuando había que someterlos en cualquier incidente ocurrido, ya en el patio, ya durante las requisas. Además, el preso aceptaba ser reeducado para comprender la teoría, práctica y bondades del régimen. Esto significaba tanto recibir como explicar lecciones y conferencias a reeducandos para demostrar las nuevas «convicciones» personales.

Algunas de estas lecciones se impartían de noche, en la galera que servía de comedor y que estaba ubicada precisamente sobre el foso donde se llevaban a cabo las ejecuciones. El que hacía de profesor debía usar un micrófono que atormentaba a todo el personal. A veces tenía que ver con política; otras con cualquier asignatura que se le relacionara.

Recuerdo una noche. El infeliz preso tenía que explicar las culturas indígenas de Cuba. La voz salía estridente por los magnavoces.

—Los guanahatabeyes vivían en la actual provincia de Pinar del Río. Pertenecían a la etapa paleolítica o de la piedra sin pulimentar.

En el silencio obligado de la noche, su voz era un martinete insistente. Entonces oímos el ruido del carro que traía a los que iban a ser fusilados... el sonido del pelotón que marchaba hacia el sitio... El conferencista seguía:

—Los guanahatabeyes moraban en cuevas y se alimentaban de la caza.

Escuchamos las voces de mando:

—¡Preparen!

—Los guanahatabeyes usaban raspadores de concha.

—¡Apunten!

—Los guanahatabeyes...

—¡¡¡Fuego!!!

Se escuchó el estampido. Y el desdichado seguía hablando de los indios.



Trajeron un nuevo sentenciado al matadero. Los ruidos y voces se interferían en diabólica polifonía y contrapunto. Nos revolvíamos en el suelo sin poder hablar, ni gritar, ni huir de aquello. La voz seguía llegando desde los megáfonos.

—Los guanahatabeyes enterraban a sus muertos en montículos: una capa de cadáveres y una de guijarros y conchas...

Y aquello no terminaba nunca. Mascullábamos una oración pero no sabíamos si estábamos empezando, acabando o repitiendo el mismo versículo.

Otro estampido. ¡¿Hasta cuándo?! Y esto ocurrió no sé cuántas veces. Hubiéramos querido quebrarnos el cráneo contra las piedras. No sé cuándo terminé ni cuando nos quedamos dormidos. ¡Sólo Dios sabe cómo fue esa noche!

El holgorio más importante de todo esto era la «requisa». Supongo que en todas las memorias de ex-presos se ha disfrutado la narración de alguna. Yo no voy a ser menos.

Después de las 9:00 pm, cuando la mayoría de nosotros estuviésemos profundamente dormidos, los guardias entraban silenciosamente en el patio. De súbito abrían las rejas e irrumpían como una tromba dando brincos, golpeándonos con palos, pinchándonos con las bayonetas, y a empujones nos hacían salir a toda velocidad. Los alaridos, saltos y golpes de los guardias al despertarnos de pronto y botarnos al patio, producían una confusión infernal. Nos precipitábamos en calzoncillos, descalzos o en chancletas de palo, empujándonos unos a otros hasta amontonarnos contra el muro de enfrente. No me atrevía a correr por un miedo cerval a caerme y que la turba me pasara por encima.

Aglomerados contra la pared, nos pinchaban las nalgas para que nos apretujáramos más. Entonces nos hacían quitarnos el calzoncillo y mirar hacia adelante sin volver el rostro.

Oíamos como si el mundo se estuviera cayendo. Dentro de la galera los guardias brincaban por los camastros regando y destruyendo todas nuestras pertenencias. Rompían los paquetes de comida y vertían el contenido en el piso; tiraban los papeles y la ropa por todo el lugar, desparramaban el agua de los recipientes, y emporcaban las sábanas y almohadas pisoteándolas con las botas o arrojándolas por dondequiera. Picaban los cordeles y sogas. De hecho, casi no se llevaban nada (¡y sacaban varios camiones cargados del patio!), pero dejaban el lugar hecho un antro. Todo eso se acompañaba con grandes gritos y haciendo el mayor ruido posible, golpeando los baldes, los hierros y las camas, etcétera.

Al comienzo de la primera todo aquello me parecía una orgía incomprensible. Después, ya sólo alzaba los ojos para contemplar los astros, pensaba en filosofía o conversaba con mi vecino más cercano.

Me hirvió de indignación la sangre cuando llegó lo de quitarse el calzoncillo, pero me contesté a mí mismo: Somos hombres, y nada puede mancillar nuestra dignidad sino nuestra propia conducta; quien se rebaja es quien pretende humillarnos. Sonreí, y seguí aguantando.

A algunos viejos había que llevarlos al botiquín con una especie de ataque cardíaco o de subida de presión. Otros no podían soportar la excitación y se orinaban por el descontrol de sus nervios. Ésto solía durar de cuatro a siete horas.

Por último, los guardias salían de las galeras y nos hacían dar vueltas al patio en fila y corriendo. En lo alto de las murallas había mujeres armadas, como centinelas, que nos miraban y se reían. Antes de regresar a la galera nos revisaban hasta dentro de la boca y por otros agujeros.

Nos entraban en las galeras y las cerraban inmediatamente. Era desolador cuando pasábamos la vista. No se sabía por dónde empezar. Todo estaba patas arriba, regado y roto o desgarrado. Había que recoger las cosas y mal que barrer el piso en menos de cinco minutos, y acostarnos, porque enseguida llamaban a silencio, y si el guardia de allende el foso veía a alguien de pie, podía entrarle a tiros.

Es una vergüenza contar esto, una falta de pudor. Es la confesión de nuestra debilidad y miedo ante otros hombres, de haber sobrevivido al más imbécil e infame de los escarnios. Esto ocurrió muchas veces durante los años que pasamos allí. Siempre los más de nosotros lo soportamos y nos sobrevivimos a nosotros mismos. Nos confortamos diciendo que era necesario pensar en el día siguiente y en lo que podríamos hacer. Si lo cuento, es por humildad: para reconocer ante todos, ahora y para siempre, que el hombre es débil, y que una pandilla de forajidos, en un momento, puede hacer lo que quiera con la masa de los más, sólo por la imposición de su capacidad de agresión. Sirva la confesión de nuestra miseria carnal para rescatarnos si alguna vez pecamos de orgullo en la proclamación de nuestras razones.

El colofón de este espectáculo lo puso un amigo mío cuando al regresar de una requisa que tuvo lugar el mismo día de su cumpleaños comentó alegremente:

—No me puedo quejar. He celebrado mi cumpleaños bailando a media noche, totalmente en cueros, al son de la orquesta de los hermanos Castro.



Monsieur Mundele. (1995)